

## LA CASITA DE EDGARDO POE

En mi infancia acostumbraban llevarme desde el centro de Nueva York hasta cierto paraje que entonces me parecía como una comarca remota, para visitar la pequeña casa de campo donde vivió y amó un gran poeta. Yo sabía que su nombre era Edgar Allan Poe, y aun en aquella edad temprana conocía la leyenda indeciblemente triste de su vida. Había escuchado a un viejo caballero, amigo de mi padre, recitar tan a menudo en tonos vibrantes *The Raven* (El Cuervo) y *The Bells* (Las Campanas), que los versos llegaron a compenetrarse con mi alma.

¿A quién no le agradecería vivir en una casita como la de Poe, instalarse cerca de las diminutas ventanas para leer o escribir, percibiendo entre tanto el fugitivo perfume de amor que en otro tiempo palpitara allí, y sentir casi el calor de la presencia de aquellos amantes tan felices a pesar de su pobreza?

Entrado ya en la virilidad, cada vez que visitaba yo esta linda y reducida vivienda pensaba en la mujer que soportó con el poeta la miseria más cruel; que remendaba sus destrozadas ropas hasta que apenas quedaba que remendar; que calentaba sus menudas manos al fuego de una pequeñísima estufa; que preparaba el alimento de su amado—cuando había alimento que preparar—y que murió al cabo en el lecho que todavía se conserva y que en aquel tiempo tristemente lejano sólo estaba cubierto de paja. Cuando Virginia Poe falleció en aquel lecho, el sobretodo de su marido había sido echado sobre su infeliz y delicado cuerpo para resguardarla del frío.

Afortunadamente, algunos buenos amigos acudieron a aliviar su miseria; y Mrs. Clemm, la madre de Vir-

ginia Poe, pasaba con ellos en Fórdham la mayor parte de su tiempo. Sentía gran ternura hacia ambos jóvenes, y cuando otros parientes se opusieron al matrimonio del poeta a causa de la extremada juventud de la novia, fue ella quien destruyó las barreras haciendo posible su unión en los albores de su primer romance. Nunca les faltó su protección, aunque muy poco poseía de bienes terrenales. Un hombre como Poe, con un corazón de niño y un rostro de ángel caído, estaba destinado a atraerse el amor de las mujeres honradas; y a pesar de las historias difundidas acerca de sus flaquezas, no existe testimonio alguno de que durante la vida de su amada esposa se permitiera el hundirse en aquella cloaca simbolizada por la locura de la embriaguez. Después de la muerte de la joven en ese helado día de enero de 1847, ¿quién no lo disculpa de que se entregara a una vida desastrosa?

Durante largos años había batallado por dar expresión a sus pensamientos, sin que mujer alguna le inspirara en el arduo campo de la literatura. Cuando Virginia apareció en su vida, sintiéronse mutuamente atraídos: fue uno de aquellos romances soñadores, espirituales que ninguno de ellos supo resistir. Miráronse en los ojos, y los días adquirieron nuevo significado. La tía del poeta, Mrs. Clemm, comprendió el inevitable resultado y al punto se convirtió en su consejera y amiga. Siempre había profesado simpatía por el romántico mancebo de tristes y ardientes ojos: ojos que parecían penetrar el porvenir y mirar más allá de las asechanzas del tiempo. A pesar de que Virginia sólo contaba trece años en la época en que conoció al joven Edgar, su madre tuvo la convicción de que sucedería lo que debía suceder; y en el registro figura una declaración falsa acerca de la edad de la doncella. La tía de Poe fue para él una segunda madre; y éste le de-

dicó una de sus más tiernas poesías. Esta familia de tres «vivía solamente el uno para el otro,» como Mrs. Clemm lo declaraba. Poe repetía constantemente: «No conozco a otra tan hechicera como mi linda mujercita.»

La pequeña casita de Fórdham existe todavía, aunque no exactamente en el mismo sitio donde fuera edificada entonces; y también es diferente ahora, con el ruido de los tranvías que pasan delante de los umbrales que encerraron tantos sueños, de aquella puerta que tan a menudo deben haber atravesado los jóvenes amantes enlazados en cariñoso abrazo; y grandes casas de departamentos atisban erguidas su quietud solemne, como gigantes que quisieran capturarla si pudieran. El Grand Concourse se extiende al costado, con el jadeante zumbido de los automóviles que corren todo el día, porque la ciudad se ha ensanchado vorazmente, envolviendo la vieja morada de Poe con los dedos de ágata de su tumultuosa población. No obstante, la casa que presenció tanta devoción y tanto amor parece asumir una expresión de indiferencia ante los cambios realizados a su alrededor; sabe muy bien que el pequeño parque en medio del cual se levanta será siempre un amigo leal que la guardará celosamente en su isla de verdor, por mucho que los ambiciosos bulevares reclamen mayor espacio.

Nueva York no renunciará a esta reliquia que conserva amorosamente en su palpitante seno. Es como si la ciudad monstruo dijera: «Pocos romances de amor han sido vividos dentro de mi seno; dejadme conservar esta casita lo mejor que sea posible para que hable a la muchedumbre que ahora pasa delante de sus puertas, de los viejos tiempos en que una pareja amante moraba en su recinto, si bien en la humildad, también en una aureola de grandeza.»

Edgar Allan Poe es una de las figuras más románticas de la literatura. Misterio y conjeturas ominosas envuelven su nombre. Su vida fue como un día borrascoso; y aun en su remota infancia transcurrida en Inglaterra, se adivinan los inexorables años que comienzan a acumularse en torno suyo aportando tempestades. Nació en Boston en 1809; y es sabido que sus padres fueron mediocres actores ambulantes, poco favorecidos por la fortuna. Murieron prematuramente dejando tres hijos: dos varones y una niña; y Edgar fue adoptado en su edad temprana por un cierto John Allan y su mujer quienes, privados de descendencia, se complacieron en tener en su hogar al hermoso muchacho. Gozaban de suficiente holgura; y cuando Edgar contaba apenas seis años, aquellas buenas personas le llevaron a Inglaterra, colocándole en la Manor House School, en Stoke Néwington, un suburbio de Londres.

Poe carecía del raro dón de conquistarse amigos, y su infancia debe de haber sido melancólica. Cierta historia autorizada refiere que cuando uno de sus pequeños condiscipulos le llevó un día a su casa, Edgard se sintió profundamente conmovido por la bondad de la madre del niño. Parece que las palabras afectuosas de la dama fueron las primeras de efusiva simpatía que recibía en su vida.

Sus estudios en Inglaterra le aprovecharon, sin embargo, porque allí aprendió el francés y se distinguió en sus otras clases; y a su regreso a los Estados Unidos, cuando ingresó a la Universidad de Virginia, se consagró de preferencia al estudio de idiomas. Fue entonces también cuando vagaba solitario por los desolados riscos y montañas de los alrededores de la ciudad; e indudablemente aquel formidable escenario impresionó la imaginación de Poe, comenzando a encontrar nebulosa expresión en su cerebro la poesía ultramundana

que le caracteriza. Cuando volvió a Richmond, su prosaico padre adoptivo le puso a trabajar en sus oficinas de contabilidad; pero esta clase de ocupación no se avenía con el temperamento del poeta, quien se separó de Mr. Allan, dirigiéndose a Boston para seguir la carrera literaria.

En esta culta ciudad encontró un editor que publicara su primer tomo de versos, titulado *Tamerlane* y firmado simplemente: «Por un bostoniano.» Esta edición es muy rara ahora y muy buscada por los coleccionistas.

Sucedió un breve período durante el cual parecía que Poe se reconciliaría con su padre adoptivo, cuya primera mujer había muerto, contrayendo el viudo nuevo matrimonio con una esposa más joven todavía. Edgar comprendió indudablemente que su presencia no era bien venida en este hogar; de manera que regresó a Boston con el objeto de proseguir sus trabajos literarios. La mala suerte le persiguió hasta cierto día, en 1833, que vió un aviso en el *Saturday Visitor* ofreciendo un premio de cien dólares por el mejor cuento, y otro de cincuenta por la mejor poesía. Poe se presentó al concurso ansiosamente y salió victorioso en ambas piezas literarias; pero el jurado se opuso a adjudicar dos premios a un solo competidor, de manera que el premio de poesía fue otorgado a otro.

Al ganar el primer premio, sin embargo, Poe se conquistó algo de mayor valía: la amistad de John P. Kennedy; y más tarde, a la muerte de Mr. Allan, en 1834, el poeta se volvió a su nuevo amigo en busca de apoyo y consejos encontrando siempre en él una fuente inagotable de consuelos.

Un hado siniestro pendió constantemente sobre la vida del poeta. Todavía después de su matrimonio vinieron días más aciagos. La salud de Virginia era de-

licada, y Poe comenzó a experimentar las primeras angustias de aquella acerba tristeza que impregnó su tormentosa vida. Había conseguido trabajo regular en la prensa; pero su rebelde espíritu no estaba hecho para soportar la rutina de empleado, lo cual daba lugar a frecuentes disputas con sus mejores amigos. No le fue posible siquiera mantener relaciones cordiales con su buen amigo Kennedy, y decidió trasladar su residencia a Nueva York. Llegó a esta ciudad con cuatro dólares cincuenta centavos por todo capital, y se alojó en una casa de huéspedes en la esquina de las calles de Greenwich y Albany. Poco después, se echó a buscar quien le prestara tres dólares, dinero suficiente para permitirle vivir una semana más.

El poeta esperaba trabajar para la *New York Review*; pero sus esperanzas se encontraron defraudadas porque esta publicación fracasó poco tiempo después de que él se estableciera en la metrópoli, viéndose forzado a procurarse laboriosamente una precaria subsistencia escribiendo revistas de libros y cuentos sensacionales para responder a sus necesidades más premiosas. Hubo un intervalo favorable cuando estuvo en Filadelfia y logró interesar a ciertos editores; pero siempre le pagaron escasamente sus manuscritos, y tuvo que soportar largos días de penuria.

Maltratado de salud, porque se había entregado al opio esperando encontrar dulce alivio a sus decepciones literarias, Poe fue a vivir con su mujer a la casita del King's Bridge Road. ¡Solamente la joven pareja podría referir las privaciones sufridas en la míseramente provista morada! Unas cuantas sillas, un lecho, tres o cuatro libros, una diminuta estufa... eso era todo. La pobre esposa se marchitó allí, y sucumbió al cabo, ¡cuando contaba apenas veinticinco años! El lecho en que, y el

sillón que ocupaba Poe cuando escribió *The Bells* y *Annabel Lee* se conservan todavía en la casita.

Después de esta terrible pérdida, el poeta anduvo errante por algún tiempo, hasta que al cabo, deshecho física y mentalmente, falleció en Baltimore el domingo 7 de octubre de 1849.

Edwin Markham escribió una bella poesía, que pende en uno de los muros de la reducida vivienda. En la estrofa final exclama:

Regocíjate, Israel, ya que has entrado  
 En posesión de tu estrella al fin;  
 Tu matutina estrella....mientras nosotros  
 Hemos aún de permanecer aquí.  
 Todo ha pasado ahora:  
 ¡Olvida, olvida.... perdona!

(De *Inter-América*).

CHARLES H. TOWNE

---

## EXCURSION ESTUDIANTIL

---

### EL CERRO DE LA VIGA

El día 11 de julio, en las primeras horas de la mañana, salimos en dirección al páramo de Choachí con mi amigo el doctor Jorge Navia, I. C., y diez alumnos de la clase de física; seis alumnos internos, los señores Antonio Falla, Manuel Gómez, Pedro Plata, José Francisco Socarrás, Elberto Téllez y Darío Zapata; y cuatro alumnos externos, los señores Carlos Cotes, Luis Cuervo, Guillermo Nannetti y José Villamizar (1).

Era nuestro fin tomar la altura del cerro de la Viga, situado a la entrada del páramo en la parte más alta; y aprovechando la época de invierno, queríamos tam-

(1) Dos alumnos no pudieron ir por enfermedad.